



Somos personas esperanzadas

Ser persona según la Acción Católica

Jesús Moreno Led, Consiliario General

“Construir... una persona caminante con esperanza, que construye el presente consciente de su pasado y con proyección de futuro” (LA FORMACIÓN EN LA ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA)

“Se puede pensar con toda razón que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar”. (GAUDIUM ET SPES, 31C)

Ante esta rotunda afirmación nos podemos preguntar: ¿Por qué el Concilio pone el futuro de la humanidad en quienes sepan dar “razones para esperar”?

Si nos observamos atentamente a nosotros mismos y si miramos en profundidad a los que nos rodean y a toda la humanidad, obtendremos una evidente consecuencia: todos actuamos para conseguir algo que no tenemos o para encontrarnos bien o para ofrecer algo a las personas que queremos o simplemente para vivir. Todo lo que hacemos tiene una finalidad. Por eso ponemos los medios necesarios para conseguirlo. Sencillamente porque las personas somos seres de esperanza.

Pertenece a lo más profundo de la existencia humana el esperar. Una vida dignamente humana no es posible sin esperanza, sin ilusión. Cuando una persona ha dejado de esperar, podemos decir que ha muerto en vida porque ha perdido la razón de vivir. Un ser humano sin esperanza es un ser triste, perennemente triste y negativo en todas sus percepciones de la realidad. Obra y actúa sin convencimiento.

1. Hay esperanzas y esperanzas

Sí, hay esperanzas y esperanzas. Está la de aquellos que han puesto su yo como el centro del universo. Su esperanza está encerrada en sí mismos, en su propia felicidad prescindiendo o a costa de los otros. Tienen una esperanza alicorta. Persiguen el tener más, el triunfo personal, la puesta a su servicio de todo y de todos. Es una esperanza egoísta: sólo lo suyo es importante. El bienestar de los demás no importa.

Se conforman con una esperanza chata: sin apertura a los otros y sin que les preocupe lo más mínimo el sentido trascendente de la existencia humana.

Existe también, entre los cristianos en este caso, una esperanza equivocada. Sólo tiene como objetivo el más allá. Lo de aquí no tiene importancia. Su preocupación es conseguir su salvación personal “en el cielo”. “Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales” (Con. Vat, II, Gaudium et Spes, 43,a). Por el contrario, “la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana” (Idem, 39b).

**LA ESPERANZA NO ES EGOÍSTA.
NO HUYE DEL MUNDO POR DIFÍCIL Y DURA QUE SEA LA TAREA.**

Un tercer tipo de esperanza: la que se empeña y se compromete en la transformación de este mundo para el bien de todos. La persona con esta esperanza acepta su vida como vocación a colaborar con el bien común., a trabajar ineludiblemente por la dignidad de todos. Está convencida de que este mundo, esta sociedad nuestra, debe y puede avanzar a mejor. Que no es imposible el cambio, sino posible y necesario. Y actúa en consecuencia. A este género de esperanza pertenece la cristiana.

2. Esperanza cristiana

La esperanza cristiana tiene algo fundamental que enriquece y fortalece la digna esperanza humana: “Jesucristo, nuestra esperanza” (1 Tim 1,1). “Si trabajamos y nos esforzamos es porque tenemos puesta nuestra esperanza en el Dios vivo” (1 Tim 4,10).

El contenido último de la esperanza cristiana es el Padre que se ha manifestado en Cristo. En Él esperamos y a Él deseamos. La meta final de nuestra esperanza es estar para siempre con el Padre. Por eso es una esperanza escatológica: la resurrección con Cristo, el encuentro definitivo y eternamente gozoso con la Trinidad es el fin último de nuestra vida.

Dos es, además, el fundamento de nuestra esperanza. Un fundamento que nunca desaparece, un fundamento fiel y seguro. “El que os llama es fiel y cumplirá su palabra” (1 Tes. 5,24). “El Señor es fiel. El os fortalecerá” (2 Tes 3,3). “Si somos infieles, El permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo” (1 Tim 2,13). Un fundamento, pues, divinamente firme.

**LA RAZÓN DE NUESTRA ESPERANZA
ES LA FIDELIDAD DE DIOS Y LA CERTEZA DE SU PALABRA**

El cristiano, por tanto, nunca deja de esperar en Dios y su promesa. Cuando muchos abandonan la esperanza, abatidos por la dureza de la vida, el cristiano sigue siempre adelante en su esperanza y en su compromiso porque sabe que “ya estamos salvados, aunque sólo en esperanza” (Rom 8,24).

Esta esperanza escatológica, final y fundamentada en la fidelidad de Dios, tiene un objetivo claro: “Buscad ante todo el Reino de Dios y lo que es propio de él, y Dios os dará lo demás” (Mt 6,33). Y propio del Reino de Dios es vivir como hermanos, buscar la justicia, extender el amor, defender la dignidad de la persona, trabajar por una sociedad más libre en la que todos puedan participar de los bienes de la tierra...

La esperanza cristiana es una esperanza encarnada en la vida. Sólo así será auténtica. Esperar cristianamente es comprometerse para que el Reino de Dios, para que los “nuevos cielos y una tierra nueva que esperamos” (2 Ped 3,13), se vayan haciendo realidad aquí, en el mundo. La esperanza encarnada está convencida de que mañana será mejor y se compromete para que efectivamente lo sea. Por todo esto sabemos que “una viva esperanza es don del Espíritu Santo” (Vat II, GS 93,a).

3. El ardor-dolor de la esperanza

Esperar no es fácil. Nunca lo ha sido y nunca lo será. La realidad con su dureza e injusticia siempre estará ahí retando, sometiendo a crisis, a la esperanza. Esto lo debe tener en cuenta toda persona que pretenda ser radical y conscientemente esperanzada.

El ardor de la esperanza vencerá el dolor de la esperanza. Esta es costosa: ha de mantenerse en pie cuando las dificultades arremetan, cuando parezca que el camino no tiene salida. La esperanza tiene enemigos muy fuertes y algunos muy enraizados en nuestra misma naturaleza humana: la tendencia a lo fácil y cómodo, la tentación de que, por mucho que hagamos, todo seguirá igual, la resistencia de los bien instalados, la desconfianza explicable de los desfavorecidos y pobres, la reducción a lo exclusivamente espiritual, la incompreensión y el rechazo...

La esperanza cristiana es un ardor, una pasión que se enfrenta a las dificultades. El muro de resistencia al cambio en la persona y en la sociedad es fuerte. Enfrentarse a él produce dolor: el del aparente, o real, fracaso momentáneo, la inutilidad frecuente de tanto esfuerzo, la posible acusación de utopía inalcanzable, el propio cansancio... Pero, al final, la esperanza es más fuerte y suscita un gozo interior que nadie podrá quitar al que hace de su vida un continuo compromiso con ella como compañera inseparable.

**LA ESPERANZA QUE NO SUFRE Y NO SE ESFUERZA ANTE LAS
DIFICULTADES NO ES ESPERANZA AUTÉNTICA.**

Los cristianos, “en medio de las adversidades de la vida, hallan fortaleza en la esperanza, pensando que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros” (Vat II; Dec, sobre el apostolado de los laicos, AA., 4e). Fortaleza que no puede olvidar que la esperanza es “un forcejeo con los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos” (Vat. II, Const. sobre la Iglesia, 35,a).

4. Conclusión

La consecuencia para un militante de Acción Católica se impone por su evidencia. Nuestra fe, conscientemente aceptada, lleva consigo la esperanza. Debe llevarla. Se ha de manifestar en el compromiso personal y del grupo. La esperanza como actitud permanente e interiorizada. Ha de formar parte de nuestro modo de ser y de vivir. No puede ser algo superpuesto o para determinadas ocasiones. Es parte integrante de nuestra espiritualidad.

Esto significa ser “caminante con esperanza”. La esperanza como talante y el camino, la vida, como su encarnación real y activa. El pasado, visto desde la esperanza, nos recuerda los logros y los fracasos. Para revitalizar los primeros y no caer en los segundos. Con esta experiencia vamos construyendo un presente mejor desde el trabajo y el compromiso. Y soñamos, en sentido positivo, con un futuro que, con

nuestra colaboración, irá acercándose al proyecto del Padre para la humanidad, a su Reino de fraternidad.

Con la certeza de que “la esperanza no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones” (Rom. 5,5). La esperanza es el Espíritu Santo, el amor de Dios, viviendo en nosotros, dentro de nosotros. Por tanto, no tenemos razones para desesperar. Sólo tenemos motivos profundos para caminar en la esperanza.

Año 2003

Agradecemos al autor el permiso para publicarlo